

parte la fuerza que es necesaria para producir allí un movimiento desacostumbrado; es un milagro, porque él solo, en el reservatorio infinito de su voluntad, que es el centro de todas las fuerzas creadas y posibles, puede hallar elementos bastantes para obrar súbitamente hasta ese grado. Si le place detener al sol, para servirme de la expresión vulgar, opone á su fuerza de proyección una fuerza que le contrabalanza, y que en virtud de la misma ley matemática produce el reposo. No le es mas difícil detener el movimiento total del universo.

Lo mismo sucede respecto de todos los demás milagros; es una cuestión de fuerza cuyo uso, lejos de herir al orden físico, lo que sería poca cosa, entra en él de suyo, y además conserva en la tierra el orden moral y religioso, sin los cuales no existiría el orden físico.

Aclarada esta objeción, apresurémonos, señores, á desvanecer la segunda. Se nos dice que el milagro nada prueba, porque todas las doctrinas han tenido milagros en su favor, y porque con auxilio de una ciencia oculta es fácil hacerlos.

Niego resueltamente que doctrina alguna histórica, esto es, fundada á la plena luz de la historia por hombres auténticamente conocidos, tenga por base hechos milagrosos. En cuanto á los tiempos presentes, no tenemos ejemplo alguno; entre tantos doctores del género humano como estamos viendo, nadie se ha atrevido aun á prometernos el ejercicio de un poder superior al poder vulgar de que disponemos. Ninguno de nuestros contemporáneos ha aparecido en las plazas públicas curando ciegos y resucitando muertos. La extravagancia solo se ha mostrado en las ideas y en el estilo, pero no ha pasado mas lejos. Descendiendo del siglo presente hasta Jesucristo, nadie todavía, en la innumerable muchedumbre de heresiarcas famosos, ha podido jactarse de mandar á la naturaleza y poner bajo la protección del milagro las inspiraciones del orgullo rebelado. Mahoma, hereje é infiel á un mismo tiempo, no lo intentó mas que los otros; ya lo he dicho, y el Corán lo dirá mejor á quien quiera tomarse el trabajo de leer este plagio de la Biblia, hecho por un estudiante de retórica de la Meca. Mas allá de Jesucristo, en los siglos reivindicados por la historia, ¿qué es lo que resta, dejando aparte á Moisés y á los profetas, es decir, á los propios antepasados de Jesucristo? ¿Contaremos algunos hechos singulares de Grecia y de Roma? ¿Hablaremos de aquel augur que cortó, según Tito Livio, una piedra con una navaja de afeitar, ó de aquella vestal que hizo

marchar un buque tirando de él con su ceñidor, ó del ciego curado por Vespasiano al subir al imperio? Estos hechos, cualesquiera que sean, se hallan aislados, sin enlace con doctrina alguna; no provocaron en el mundo ningún debate, ni han establecido nada; no son hechos doctrinales. Pero aquí se trata de milagros fundadores de doctrinas religiosas, únicos en que debemos ocuparnos, porque es evidente que si se manifiesta Dios por actos de soberanía, debe ser en favor de una gran causa, digna de él y digna de nosotros, es decir, por una causa en que se trate de los destinos eternos de la humanidad. Y esto es lo que pone fuera de la discusión todos los hechos aislados, tales como los que se refieren en la vida de Apolonio de Thyanea.

Este personaje es del primer siglo de la era cristiana, y su vida se escribió mucho después por un filósofo alejandrino llamado Filostrato, quien quiso presentarla como la rival del Evangelio, y al mismo Apolonio como la copia de Jesucristo. De este designio salió una fisonomía muy singular y en extremo curiosa, pero nada mas. ¿Qué hizo doctrinalmente Apolonio de Thyanea? ¿Dónde están sus escritos, sus obras sociales, las huellas de su tránsito por la tierra? Murió al día siguiente de su vida. Aun cuando en vez de algunos hechos equívocos hubiera removido los montes en su vida, esto no hubiera sido mas que una curiosidad literaria, un accidente, un hombre, nada.

¿Dónde están, pues, las doctrinas fundadas al sol de la historia sobre hechos milagrosos? ¿Dónde hay en el mundo histórico otra omnipotencia que la de Jesucristo, otros milagros que los suyos y los de los santos que le han escogido por maestro, y tomado de sus cenizas la fuerza de continuar lo que él había comenzado? Nada aparece en el horizonte; Jesucristo queda solo, y sus enemigos al asediarle con un ataque inmortal que nunca termina, no pueden oponerle mas que dudas, mas no hecho alguno igual ni aun análogo á él.

Pero á lo menos ¿no existen en la naturaleza fuerzas ocultas que nos han sido reveladas después, y de que Jesucristo se hubiera apoderado en otro tiempo? Yo nombraré, señores, esas fuerzas ocultas á que se alude, yo las nombraré sin temor; se llaman fuerzas magnéticas. Y aún pudiera desembarazarme de ellas fácilmente, puesto que la ciencia no las reconoce todavía, sino que las proscribire. Sin embargo, quiero mas obedecer á mi conciencia que á la ciencia. ¿Invocáis las fuerzas magnéticas? Pues bien, yo creo en

ellas sinceramente, firmemente; yo creo que sus efectos han sido demostrados, aunque de una manera que es aun incompleta y que probablemente lo será siempre, por hombres instruidos, sinceros, y aun cristianos; yo creo que sus efectos en la generalidad de los casos son puramente naturales; yo creo que su secreto no se ha perdido nunca en la tierra; que se ha trasmitido de siglo en siglo; que ha ocasionado multitud de acciones misteriosas cuyo vestigio es fácil de reconocer, y que hoy solamente es cuando ha abandonado la sombra de las transmisiones subterráneas, porque el siglo actual ha sido marcado en la frente con el siglo de la publicidad; yo creo todo esto. Si, señores, por una preparacion divina contra el orgullo del materialismo, por un insulto á la ciencia, que data de la mas remota antigüedad posible, ha querido Dios que hubiese en la naturaleza fuerzas irregulares, irreducibles á fórmulas exactas, casi indemostrables por los procedimientos científicos. Lo ha querido para probar á los hombres que viven tranquilos en las tinieblas de los sentidos, que aun fuera de la Religion quedaban en nosotros vislumbres de un órden superior, semiluces espantosas sobre el mundo invisible, una especie de cráter, por donde nuestra alma, libre por un momento de las terribles ataduras del cuerpo, se remonta á espacios que no puede sondear, de que no trae memoria alguna, pero que le advierten suficientemente que el órden presente oculta un órden futuro ante el cual el nuestro es nada.

Toto esto es verdad, lo creo; pero tambien lo es que esas fuerzas oscuras se encierran en límites que no muestran soberanía alguna sobre el órden natural. El hombre, sumergido en un sueño facticio, ve á ciertas distancias al través de cuerpos opacos; indica remedios propios para aliviar y aun curar las enfermedades del cuerpo; parece que sabe cosas que ignoraba y que olvida en el instante de dispartar; ejerce por medio de su voluntad un grande imperio sobre aquellos con quienes se halla en comunicacion magnética: todo esto es penoso, laborioso, mezclado con incertidumbres y abatimientos. Es un fenómeno de vision mucho mas que de operacion, un fenómeno que pertenece al órden profético y no al órden milagroso. No se ha visto en ninguna parte por ese medio una curacion súbita, un acto evidente de soberanía. Aun en el órden profético no hay cosa mas miserable.

Parece que esta vision de un género extraordinario debería á lo menos revelarnos algo de ese porvenir que pudiera llamarse el por-

venir presente; pero nada de eso. ¿Qué ha predicho el magnetismo en el espacio de cincuenta años? Que nos diga, no lo que habrá de aquí á mil años, sino lo que sucederá mañana. Cuantos disponen de nuestros destinos están vivos; hablan, escriben, emplean medios sensibles; pues bien, que se nos diga el resultado cierto de su accion en punto á un solo negocio público. Ay! el magnetismo, que debiera trasformar el mundo, ni aun ha podido llegar á ser un instrumento de policia; confunde la imaginacion no menos por su esterilidad que por su extrañeza. No es un principio, es una ruina. Así, en las desoladas riberas del Eufrates, en el lugar donde fué Babilonia, y donde se levanta aquel monumento famoso que, para hablar como Bossuet, debía llevar hasta el cielo el testimonio de la antigua potestad de los hombres, encuentra el viajero escombros heridos del rayo y como sobrehumanos por su grandeza. Se baja, toma en sus manos ávidas un ladrillo mutilado; distingue allí caracteres que fueron sin duda la escritura primitiva del género humano, pero en vano se esfuerza por leerla; el texto sagrado vuelve á caer de sus manos sobre el coloso calcinado por el fuego; no es ya mas que una teja rota, despreciada hasta por la misma curiosidad.

Yo miro, señores, y ya no veo nada. Jesucristo está solo.

Sin embargo, acaso me digais aun: Si Jesucristo obró milagros durante su vida y aun en los primeros tiempos de su Iglesia, ¿por qué no los obra ya? ¿Por qué no los hace ya? Ah! señores, los obra aun cada dia, pero no los veis. Los hace con menos prodigalidad, porque el milagro moral y social, el milagro que pedia tiempo, está realizado y ante vuestros ojos. Cuando Jesucristo ponía los fundamentos de su Iglesia, necesitaba grangear la fe en una obra que no hacia aun mas que comenzar; hoy está hecha, aunque no acabada: la veis, la tocáis, la comparais, la medís, y juzgais si es una obra humana. ¿Y por qué habia de prodigar Dios el milagro á quien no ve el milagro? ¿Para qué os habia yo de conducir, por ejemplo, á las montañas del Tirol, para ver allí prodigios que cien mil de nuestros contemporáneos han visto por espacio de quince años? ¿Para qué habia yo de recoger una piedra en la cantera cuando la Iglesia está edificada? El monumento de Dios está en pié; toda fuerza le ha tocado, toda ciencia le ha sondeado, toda blasfemia le ha maldecido: miradlo, ahí está. Diez y ocho siglos hace que está suspendido entre el cielo y la tierra, como dice el conde de Maistre. Si no lo veis, ¿qué es lo que veriais? En una célebre parábola habla Jesucristo de un mal rico que dice á Abraham: Enviad á mis hermanos alguno de los

muertos. Y Abraham responde : *Si no creen á Moisés y á los profetas, no creerán al que hubiese vuelto de entre los muertos (1)*. La Iglesia es Moisés, la Iglesia es todos los profetas, la Iglesia es el milagro viviente; el que no ve á los vivos, ¿ cómo podría ver á los muertos?

(1) San Lucas, cap. 16, vers. 31.

SERMON TRIGÉSIMO NONO.

Del establecimiento del reino de Jesucristo.

Ora hayamos considerado la vida íntima de Jesucristo, ora su vida pública, hemos visto que vivió como Dios. Pero vivir, no es mas que el primer acto de la vida, el segundo acto de la vida es sobrevivir. Porque toda vida tiene un objeto, y el cumplimiento de este objeto es lo que juzga la vida. Por consiguiente, no basta haber probado hasta la evidencia, que la vida interior de Jesucristo y su vida pública tuvieron un carácter divino; porque si esta vida no consiguió su objeto, si nada dejó tras sí, sea lo que fuese lo que pensemos de ella, esa vida fué vana. Es preciso que Jesucristo, despues de haber vivido como Dios, haya sobrevivido como Dios; de otro modo, cuanto podríamos deducir de esa desproporecion entre su vida y los efectos de su vida, es que fué la mas magnífica é inexplicable de cuanto se haya visto hasta ahora. Pero ¿ qué debió hacer Jesucristo para sobrevivir como Dios? Nada mas que llenar el objeto de su vida, tal como lo habia públicamente anunciado y descrito, que era fundar en la tierra el reino de Dios. *Despues que Juan fué preso, dice el evangelista San Marcos, vino Jesus á la Galilea, predicando el Evangelio del reino de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido, se ha acercado el reino de Dios, haced penitencia y creed en el Evangelio (1)*.

Y enviando sus discipulos á tomar su parte del apostolado, trazaba así su mision : *En cualquiera ciudad en que entráreis y os recibieren, comed lo que os fuese servido, curad á los enfermos, y decid: el reino de Dios está próximo á vosotros. Si no os recibiesen, saliendo por sus plazas decid: Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad, sacudimos contra vosotros. Sabed no obstante que se ha acercado el reino de Dios (2)*. ¿ Y qué reino de Dios era ese que Jesucristo predicaba como siendo el único fin de su venida á la tierra? Era él mismo, en cuanto debia ser reconocido

(1) S. Marcos, cap. 1, vers. 14 v 15. — (2) San Lucas, cap. 10, vers. 8, 9, 10 y 11.